

CARLOS VELÁZQUEZ
VIVE PELOCHAS

KARLA ZÁRATE
YO, LA PIEDRA

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ
LA CONCIENCIA RENOVADA

NÚM. 392 SÁBADO 11.03.23

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

JOSÉ SARAMAGO: UNA EXPERIENCIA DE LECTURA

EDUARDO ANTONIO PARRA

ESCRITURAS
SOBRE EMBARAZO
Y MATERNIDAD

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

ENRIQUE FLORESCANO:
LA AVENTURA DEL PASADO

ANTONIO SABORIT

BELAFONTE EN EL ALICIA:
LA ÚLTIMA TOCADA

AARÓN HENRÍQUEZ



Arte digital > A partir de Alberto Giacometti, *El hombre que señala*, escultura en bronce, detalle, 1947 > Fuente > estadao.com.br

Su faceta de militante político, acentuada por el apoyo que brindó a la rebelión del neozapatismo en Chiapas, atrajo los reflectores hacia el escritor portugués —por lo menos en México—, acaso tanto o más que su obra literaria. El protagonismo de esa figura pública sin duda despertó la admiración de muchos, aunque también el distanciamiento de algunos lectores, como apunta el autor de estas páginas. Pero el hechizo de los títulos de José Saramago, sugestivos y elocuentes como El año de la muerte de Ricardo Reis o Ensayo sobre la ceguera, refrendados por su imaginación narrativa, desvaneció toda reserva.



José Saramago

UNA EXPERIENCIA DE LECTURA

EDUARDO ANTONIO PARRA

Hay escritores con cuya obra ciertos lectores establecemos una relación, si no difícil, sí por lo menos desigual. A veces nos acercamos a uno de sus libros sin que nuestras afinidades se establezcan en la primera lectura, y en consecuencia dejamos de frecuentar los títulos de su autoría, por mucho que nos los recomienden amigos o que la crítica los elogie. Sin embargo también ocurre que, a pesar del desencuentro inicial, uno mantenga el interés, la curiosidad, y espere el momento adecuado para un segundo abordaje durante el cual la obra en principio desdeñada se vuelve placentera y luminosa. Así le sucedió a quien esto escribe con algunos títulos de José Saramago (1922-2010).

Debo confesarlo, cuando por primera vez leí una de sus novelas, el resultado no fue satisfactorio. No me atrapó. No porque fuera de difícil lectura, sino porque el asunto que abordaba no me parecía interesante como para dedicarle alrededor de 450 páginas. Se trataba de *La caverna* (2000), una suerte de parábola sobre el posible futuro de la humanidad, donde una familia de artesanos advierte que su oficio ya es caduco, pues tanto la totalidad de las mercancías como la población se han concentrado en los centros comerciales, en los *malls*, y lo que queda fuera de ellos son sólo

los últimos residuos, desechables, de la vida de los hombres y las mujeres. Más o menos así es como la recuerdo.

Cuando la leí, el autor portugués tenía uno o dos años de haber obtenido el Premio Nobel de Literatura (1998) y su fama en ascenso fue lo que me empujó a buscar su libro más reciente. Tal vez no la entendí, acaso en ese tiempo me atraían otro tipo de temas y estilos; el caso es que su lectura fue para mí un ejercicio tan soporífero, que al terminarla escribí una reseña en la que descargué toda mi frustración. Y, por supuesto, después me alejé de la obra del autor por un buen tiempo.

DURANTE LOS SIGUIENTES AÑOS Saramago se volvió cada vez más conocido y mediático. Aparecía en televisión; los conductores de los programas lo entrevistaban ya como escritor, ya como activista social. Se convirtió en uno de los principales promotores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, por lo que sus visitas a nuestro país eran frecuentes. Su imagen y su palabra aparecían en todos los periódicos y revistas culturales.

Tanta exposición, sin embargo, no hacía que se renovara mi interés por su obra; al contrario: su carácter de figura pública contrastaba con la imagen que yo tenía de lo que debe ser un escritor, y me

Foto > elem.mx

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de La Razón]

 Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

 Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

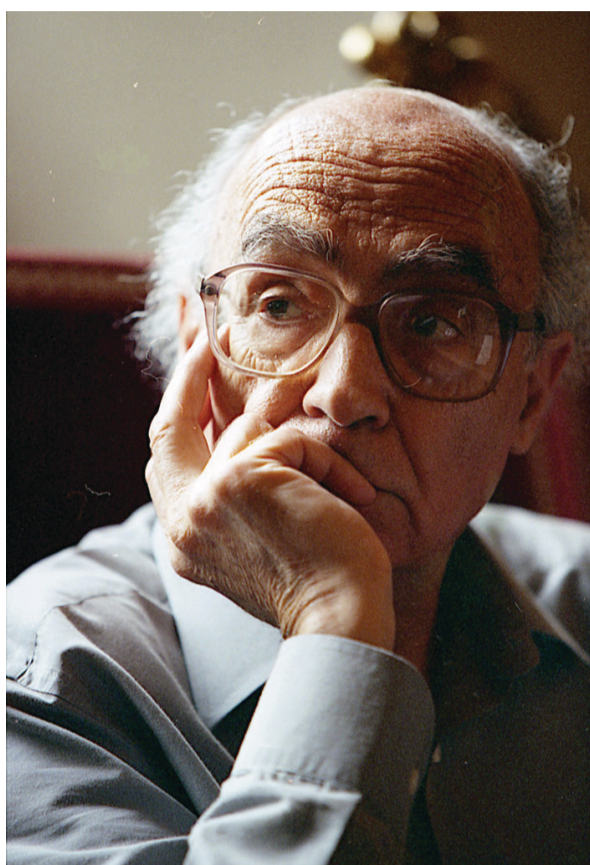
Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

alejaba aun más de él. En una ocasión, incluso, me tocó acompañarlo por el centro de la Ciudad de México a una comida, un domingo por la tarde, y me di cuenta de que la gente lo reconocía por la calle. Padres de familia detenían a su prole, lo señalaban y decían: "Miren, hijos, ese señor es un premio Nobel". Caminaba con la cabeza muy erguida sin ver a nadie, ni a quienes caminábamos con él. Tampoco nos hablaba. Si le hacíamos una pregunta, respondía con monosílabos. Sólo al llegar al restaurant, cuando vio que ahí se hallaban escritores a quienes podía considerar sus pares —José Emilio Pacheco, Elena Poniatowska, Sergio Pitol y Carlos Monsiváis— se puso a charlar con ellos. Obvio, tampoco me resultó simpático, y seguí sin leerlo.

No fue sino hasta unos años después de su muerte que la curiosidad por su obra volvió a despertarse en mí, sobre todo por una novela que me había atraído desde mucho antes, debido a mi afición a la obra de Fernando Pessoa: *El año de la muerte de Ricardo Reis* (1984). Desde la primera vez que escuché ese título pensé que tendría que leerla. ¿Un relato sobre un personaje "histórico" que ya desde su origen era un ser de ficción? No cabía duda, se trataba de una verdadera audacia narrativa. Una ficción al cuadrado. ¿Cómo había imaginado el escritor la vida de alguien inventado por un poeta? ¿Todo había sido a través de "su" poesía? Claro, tras mi experiencia con *La caverna* pospuse una y otra vez la lectura, hasta que un día, en una librería de viejo, me topé con la edición de Seix Barral, la que trae en la portada una fotografía de Pessoa caminando por Lisboa, y la tentación fue demasiado fuerte. Compré el libro y lo llevé a casa.

HABÍAN TRANSCURRIDO casi dos décadas desde mi lectura de *La caverna*, y había olvidado la forma de escribir del autor: esas frases tan largas, llenas de aposiciones y frases subordinadas, que de una acción pasan a una descripción minuciosa y de ahí a una serie de reflexiones que parecen dilatar las escenas hasta lo imposible; y los diálogos apenas señalados por una coma y una mayúscula, sin detener la narración, que en principio distancian para luego atrapar al lector. Esa fue la primera sorpresa, positiva, claro. No recordaba si *La caverna* estaba escrita de igual modo. De ser así, el hecho de que dieciocho o diecinueve años antes me haya desesperado lo que ahora me fascinaba era una prueba clara de cómo cambia un lector con el paso del tiempo, cómo se afinan sus percepciones, cómo la experiencia nos prepara cada vez más para empatizar con diversos estilos de escritura. Y también de cómo dos obras de un mismo autor pueden suscitar reacciones distintas en una misma persona.

La lectura de *El año de la muerte de Ricardo Reis* era lenta pero fascinante; más aún combinada con la de algunas de las "Odas de Ricardo Reis", de Fernando Pessoa. No sólo el carácter del heterónimo del poeta que vuelve a Lisboa después de muchos años de



José Saramago (1922-2010).

haber vivido en Brasil era convincente —tal como uno podría imaginarlo al leer su poesía—, sino también el reflejo de la ciudad, del país, de Europa entera en esos años decisivos de 1935-1936, cuando se desata la Guerra Civil Española y se consolidan otros fascismos en Italia y Alemania, que terminarán por repercutir en Portugal.

Tras la muerte del gran Pessoa, una de sus creaciones, un hombre solitario, enamorado, tímido, regresa a su patria después de un largo exilio voluntario, y poco a poco comienza a reconocer las calles de la capital con mirada casi infantil. Una mirada amorosa, poética, que desde las primeras líneas contagia al lector de candidez y curiosidad, al tiempo que advierte las convulsiones políticas y sociales de un mundo que cambiará para nunca volver a ser el mismo. A través del estilo moroso y bello de José Saramago, el lector descubre los sitios emblemáticos de Lisboa, siente las emociones del protagonista al visitarlos, se entusiasma con las portuguesas, se enamora de una de ellas y se angustia al advertir que su amor será imposible.

El año de la muerte de Ricardo Reis es una novela a la que quizá convendría catalogar dentro del género fantástico, como muchas de las de José Saramago, pero a mí me acomoda mucho más el término *imposible* para ella. Imposible porque narra los últimos meses en la vida de un personaje "histórico" que nunca existió, pero cuyos

poemas todos podemos leer. Imposible porque, en determinado momento de la trama, Ricardo Reis comienza a trascender la realidad que lo circunda y se topa con el espectro de su creador, Fernando Pessoa. Ambos entablan conversaciones profundas sobre la existencia, sobre Portugal y su futuro, sobre el amor y la muerte. En ellas Saramago lleva a cabo la hazaña de penetrar el pensamiento del autor de *El libro del desasosiego*, no sólo en lo que respecta a su visión del mundo y de la poesía, sino al modo en el que concibió la creación de sus famosos heterónimos.

TAL EXPERIENCIA DE LECTURA de una novela de Saramago fue diametralmente opuesta a la anterior, no sé si por tratarse de una obra diferente o porque yo, como lector, me hallaba en una edad y un estado de ánimo distintos. Cualquiera que haya sido la razón, ahora encontraba un escritor poderoso, dueño absoluto de sus recursos y facultades, con una imaginación inigualable que, por medio de sus relatos, desplegaba un análisis del ser humano pocas veces visto. En lo que a mí respecta, *El año de la muerte de Ricardo Reis* borró para siempre la idea que tenía sobre la obra del autor y también la antipatía que sentí la única vez que lo traté en persona. Luego del acercamiento a este libro, comencé a considerarme lector del premio Nobel portugués. Pero aún faltaban lecturas.

La siguiente que abrí, ya casi al llegar el año del centenario de su nacimiento, fue *Las intermitencias de la muerte* (2005). El título, sugestivo, despertaba en mí bastantes expectativas, pero ninguna se acercaba al tema de la novela: en cierto país, cuyo nombre nunca se menciona —pero que debe ser Portugal—, un día la Muerte, sí, la mismísima Muerte, toma la decisión de ya no llevar a cabo su labor, como si se declarara en huelga. A partir de ese instante nadie muere ya dentro del territorio. Una premisa fascinante. Da la impresión de que Saramago se propuso explorar lo que podría ocurrir si se cumpliera ese deseo tantas veces expresado por hombres y mujeres luego de perder a un ser querido: "Nadie debería morir". Y sin embargo, su relato parece recordarnos la sentencia: "Ten cuidado con lo que deseas".

En la novela, los habitantes de ese país, al verse exentos de la extinción, primero se sienten confusos, incrédulos; enseguida celebran eufóricos la ausencia de la muerte, pero poco a poco comienzan a verse envueltos en los nuevos conflictos que desata esa inmortalidad impuesta, que a final de cuentas resultan más terribles que el hecho de morir: para quienes estaban cerca de su hora, la enfermedad

“TRAS LA MUERTE DE FERNANDO PESSOA,
UNA DE SUS CREACIONES, UN HOMBRE SOLITARIO,
ENAMORADIZO, REGRESA A SU PATRIA
DESPUÉS DE UN LARGO EXILIO VOLUNTARIO...
Y COMIENZA A RECONOCER LAS CALLES”.

“ENSAYO SOBRE LA CEGUERA ES QUIZÁ UNA DE SUS NOVELAS MÁS CONOCIDAS... PARÁBOLA SOBRE LA CORTEDAD DE VISTA DEL SER HUMANO, PONE EN PROCESO DE CONTAGIO UN VIRUS QUE QUITA LA VISIÓN A TODA LA GENTE”.

deviene interminable, los sufrimientos son ininterrumpidos, la agonía es eterna. El gobierno entra en crisis. La delincuencia encuentra un nuevo rubro: el tráfico de personas a través de las fronteras con el objetivo de morir, pues en otros países “la dama del alba” sigue haciendo lo suyo. *Las intermitencias de la muerte* me reafirmó como lector del portugués.

Al llegar el año del centenario de su natalicio, 2022, José Saramago volvió a estar omnipresente en las secciones y las revistas culturales. Se escribieron múltiples notas, artículos y ensayos sobre su vida y obra. Se habló de su niñez paupérrima, de sus primeros intentos literarios en la juventud, en los que no corrió con la suerte que esperaba, de su alejamiento de la escritura (o, por lo menos, de la publicación) por varias décadas, y de cómo retomó el oficio literario alrededor de los sesenta años de edad, para ya no abandonarlo jamás.

En alguna de esas notas se decía que luego de terminar una novela —*Claraboya* (1953, edición póstuma en 2011)— y enviarla a una editorial para su dictamen, no recibió nunca respuesta. Eso lo desanimó, haciéndolo desistir de la escritura para dedicarse a otros oficios. Esa obra nunca fue leída por los editores, quienes la extraviaron. Veinte años más tarde, la casa editorial se mudó de edificio y la novela reapareció detrás de un estante. La leyeron y le respondieron que la querían publicar, pero ya el autor había publicado los primeros libros de su segunda etapa y no quiso que saliera en esa editorial.

¿Qué hubiera pasado si se publicaba *Claraboya* en su momento? ¿El conjunto de su obra sería el mismo? ¿Mejor? ¿Peor? Para mí, ese alejamiento de las publicaciones por tanto tiempo resultó beneficioso. Le dio a Saramago la oportunidad de reflexionar sobre su propio ejercicio literario, de compenetrarse más con los temas que lo obsesionaban, de encontrar su estilo definitivo, ése que plasma en sus obras cumbre. Tal vez sea un ejemplo a seguir para muchos escritores: no apresurarse, no publicar por publicar, sino dejar que lo que uno desea escribir se decante poco a poco dentro de uno, hasta que se convierta en la mejor versión de sí mismo.

EN LA NOVELA *EL HOMBRE DUPLICADO* (2002) aborda uno de los grandes temas de la literatura universal: el doble. Tras preguntarse —como lo hicieron antes Dostoyevski, Poe y otros—, ¿qué pasaría si me encuentro por la calle a un ser idéntico a mí?, Saramago procede a escribir una historia interesantísima sobre la angustia de descubrirse “duplicado”. Angustia, sí, que se trastoca en obsesión. El protagonista, Tertuliano Máximo Alfonso, al ver en un filme a un actor exactamente igual a él, no puede resistir la tentación de localizarlo, seguirlo, ver cómo y con quién vive, hasta encontrarse con él para hacerle saber que también tiene, el actor, un doble idéntico. ¿Y luego qué? ¿Qué hacer cuando se esté frente al otro como frente a un espejo?

Si ya la ironía y el sentido del humor estaban presentes desde la concepción tanto en *El año de la muerte de Ricardo Reis* como en *Las intermitencias de la muerte*, en *El hombre duplicado* el autor los despliega página tras página hasta llevarlos al límite. Tertuliano Máximo Alfonso es un personaje que no teme caer en excesos ridículos, y mientras acecha sin descanso al actor idéntico a él —en un formato derivado de la novela de detectives o de espionaje— construye una serie de reflexiones sobre la identidad, o mejor, sobre la unicidad del ser humano, que nos involucra a todos sus lectores.

Procedentes, sin duda, de muchas de las preguntas que casi todos los humanos nos hacemos en algún momento de nuestras vidas, las historias de José Saramago nos muestran que la imaginación de este autor no conoció límites al intentar responderlas. A nuestros “¿Qué pasaría si...?”, que casi siempre se quedan en la simple interrogación, él trataba de formular respuestas por medio de un relato, no importaba a dónde lo llevara. ¿Si nadie muriera durante una temporada? Ahí está *Las intermitencias de la muerte*. ¿Si me topara con alguien idéntico a mí? Ahí, *El hombre duplicado*. ¿Qué pasaría si se desprendiera de Europa la Península Ibérica? La respuesta está en *La balsa de piedra* (1986). ¿Y si una epidemia nos quitara a todos la vista? Escribió *Ensayo sobre la ceguera* (1995). ¿Si a un historiador se le ocurriera cambiar los hechos pasados? Leamos *Historia del cerco de Lisboa*

(1989). Todas escritas sin límites para la imaginación, llenas de sucesos que nos hacen adentrarnos en el tema, reflexionarlo y extraer de él nuestras propias conclusiones.

ENSAYO SOBRE LA CEGUERA es, quizá, una de sus novelas más conocidas, y tal vez se ha leído aún más durante la pandemia que no se decide a terminar. Parábola sobre la cortedad de vista del ser humano, que nunca ve más allá de sus narices, la novela pone en proceso de contagio un virus que quita la visión a toda la gente de la ciudad y del país —Lisboa, Portugal. Mientras los habitantes pasan del terror a la incertidumbre, y de ahí a una especie de resignación, el gobierno pone en práctica medidas sanitarias que, al inicio brutales, a la larga resultan inútiles, pues nadie se encuentra a salvo de contraer el virus.

Para narrar su parábola, el autor se apoya en un grupo de personajes, entre los cuales sólo una mujer es inmune al virus y, por lo tanto, conserva la facultad de ver. ¿Por qué? Porque así son las pandemias, porque así es la humanidad, y porque también necesitaba un personaje con visión, por aquello del contraste y las descripciones de la ciudad devastada. Con esa premisa, el relato no podía sino tocar a todos los lectores en varios de sus terrores más íntimos: la ceguera, la enfermedad, el caos, el Apocalipsis.

Tratado acerca de la solidaridad en medio de la desgracia, *Ensayo sobre la ceguera*, para muchos críticos y lectores, es la novela más lograda de Saramago. Y tal vez no estén equivocados: desde el inicio en el relato se establece una tensión insuperable cuando leemos cómo la gente se queda ciega de repente, en medio de sus quehaceres cotidianos. Miedo, angustia, desesperación. Indefensos, esperan ayuda de quien sea, hasta que el gobierno reacciona y decide ponerlos en cuarentena para alejarlos del resto de la población y evitar el contagio. Pero ¿qué pasa con los aislados cuando todos se contagian?

A lo largo de estas páginas en las cuales, pese a las múltiples reflexiones, la acción jamás se detiene, Saramago consigue despertar en sus lectores los pensamientos y emociones más encontrados, hasta concluir la lectura con la sensación de agotamiento de quien ha realizado un viaje lleno de peripecias y accidentes, pero del que ha salido más sabio y maduro, más entero y más humano.

Más que parábola, la ya mencionada *La balsa de piedra* tiene tintes, ecos de fábula geopolítica. Si durante mucho tiempo los europeos, y acaso también los mismos peninsulares, consideraron que España y Portugal



no pertenecían al continente, Saramago imagina que un cataclismo abre una grieta en los Pirineos hasta terminar amputando de Europa su extremo occidental, y la Península Ibérica se transforma en una especie de isla flotante, una enorme embarcación a la deriva. Los pobladores del territorio lo sienten primero como un terremoto sin demasiadas consecuencias, pero de ahí surge una incertidumbre general. ¿Qué pasará ahora? ¿Adónde nos dirigimos? ¿Adónde perteneceremos? De nuevo el novelista centra su atención en un conjunto de personajes que ahora se dedican a recorrer la expenínsula devenida isla, mientras deambula por el Océano Atlántico.

Cuando la "balsa" se acerca a América comienzan las especulaciones de la geopolítica y se desata una crisis global, pues el orden del mundo sin duda cambiará si las dos naciones flotantes se añaden a Estados Unidos. Pero cuando las corrientes marinas la hacen cambiar de rumbo, todo el orbe regresa a la incertidumbre: tal vez se dirija a Sudamérica. Y mientras esto sucede en el exterior, los lectores acompañamos a los personajes —a quienes no les interesa la política internacional— en la exploración de su nuevo territorio. El autor, marxista convencido, miembro del Partido Comunista, tal vez escribió *La balsa de piedra* como una especie de broma para imaginar sin tapujos qué pasaría si se trastocara el orden mundial y los grandes bloques políticos tuviera que definir un reordenamiento. Pero en lo que se refiere al ser humano común y corriente, una situación así lo hace reflexionar sobre su pertenencia, su nacionalidad, su identidad más profunda.

ENTRE TODAS LAS NOVELAS de Saramago hay una que le cambió la existencia, orillándolo a abandonar su país y a vivir en un exilio voluntario: *El evangelio según Jesucristo* (1991). Al ser Portugal una nación tradicionalmente católica, una nueva interpretación de la vida de Jesús, a veces contraria a lo narrado en los evangelios, provocó que en muchos connacionales del novelista —sobre todo en los altos círculos del poder y de la Iglesia— se desatara la indignación al ver la obra, no como una ficción literaria, sino como un desafío a los dogmas religiosos, y se tomaran acciones al respecto.

El gobierno, por ejemplo, intervino para que no se le concediera el Premio Camões a este libro, y se dice que también presionó, inútilmente, para que no se le otorgara el Premio Nobel al autor. ¿Por qué? ¿Se trata, en efecto, de un relato blasfemo? No desde el punto de vista de este lector. El Jesús de Saramago es un hombre que, sin dejar de ser un elegido de la divinidad, resulta más humano que en las Escrituras, sobre todo más humano de acuerdo con los valores éticos de la época contemporánea.

Es cierto que el autor deja de lado ciertos dogmas, como el de la purísima concepción —en la novela, Jesús es hijo carnal de José—, pero al ser hijo de un hombre y no de un espíritu divino nos resulta más reconocible: es uno de nosotros que se elevó hasta



José Saramago, Carlos Monsiváis y Gabriel García Márquez, en la FIL 2006.

Foto: José María Martínez / cuartoscuro.com

“EL GOBIERNO INTERVINO PARA QUE NO SE LE CONCEDIERA EL PREMIO CAMÕES A EL EVANGELIO SEGÚN JESUCRISTO, Y SE DICE QUE PRESIONÓ, INÚTILMENTE, PARA QUE NO SE LE OTORGARA EL PREMIO NOBEL AL AUTOR”.

las alturas. Y al ser uno de nosotros, reacciona como tal: sus dudas lo consumen; sufre remordimientos no por lo que ha hecho, sino por lo que se hizo para encumbrarlo entre los hombres —la matanza de los inocentes, por ejemplo—; vive en medio del peligro, perseguido por los hombres de Herodes; no comprende el comportamiento de los ángeles; se enamora, tiene una pareja —Magdalena—, y sólo reconoce su carácter divino en el instante de la muerte.

Se trata de un Jesús que no es como lo narra la tradición cristiana, sino como tal vez debió ser si lo imagináramos exento de dogmas y obligaciones religiosas. Un Jesús adecuado a la visión de nuestros tiempos, escrito por un novelista ateo, miembro del Partido Comunista y, por lo tanto, impregnado de humanismo. Una proeza novelística de la que los lectores emergemos compenetrados con el personaje y su personalidad, su época y sus peripecias mucho más que si supiéramos los evangelios de memoria y nunca hubiéramos faltado un domingo a misa.

JOSÉ SARAMAGO fue el primer escritor portugués que obtuvo el Premio Nobel de Literatura, hace un cuarto de siglo, a los 76 años de edad, y continuó con la escritura hasta los 88, cuando murió, en 2010. Aún ahora siguen apareciendo títulos póstumos de su autoría. Es decir, su obra es casi inabarcable para un lector común. Cuando alguien que no lo ha leído todavía pregunta por dónde empezar, quien conoce su obra responde que por *El evangelio según Jesucristo* —si quien pregunta no es un católico demasiado dogmático—, o por *Ensayo sobre la ceguera*, pues consideran que una de estas dos novelas fue la que más influyó en la Academia Sueca para otorgarle el Premio Nobel. Son las más conocidas, es cierto.

Pero yo pienso que los miembros del comité del premio se pudieron sentir impactados, maravillados también, con algunos otros de sus títulos, como *Memorial del convento* (1982), una de las más emotivas historias de amor de los últimos tiempos, con *Todos los nombres* (1997), con *El año de la muerte de Ricardo Reis*, con *Caín* (2009), con *Manual de pintura y caligrafía* (1977), una profunda reflexión sobre la creación artística, la naturaleza humana y el amor, o con los cuentos de *Casi un objeto* (1978), donde viene esa obra maestra de la narrativa breve que es “Centauro”.

Cualquiera de sus títulos serviría para un primer acercamiento, siempre que el hipotético lector esté dispuesto a entrar en un universo literario personalísimo, alejado de los moldes de moda de la literatura convencional y con un estilo narrativo que, si bien puede desconcertar al principio, a la larga se vuelve parte de uno mismo; con una visión del mundo y sus habitantes impregnada de humanismo, de ironía crítica y sentido del humor. Cualquiera, excepto *La caverna*. Aunque tal vez mi falta de apreciación de esa novela se debió a que no la comprendí bien en aquellos años, o a mi desconocimiento del estilo del autor entonces. Hace poco leí que la viuda de Saramago la recomendaba a los jóvenes que pretendían acercarse a la obra de su marido. Esa recomendación me extrañó, pero me hizo pensar que a veces un lector no está en disposición anímica o intelectual de leer determinados libros, y que debe dejar pasar un poco de tiempo para abordarlos de nuevo.

Así, creo que debo darme otra oportunidad de leerla. Sí. Voy a poner *La caverna* en la fila de los libros de José Saramago que me faltan por leer. Y algo me dice que esta vez sí voy a compenetrarme con su historia. ■

En "Ella y la noche", la hondureña Mimi Díaz Lozano presenta a una mujer dando a luz: "... Dios, la noche y el dolor en su cuarto misérrimo. Él lo dijo: 'Parirás tus hijos con dolor'... Empequeñecida, desmoronándose su arquitectura vital, se hunde en un absoluto vacío". Incluido en Vindictas: Cuentistas latinoamericanas, presenta una visión femenina del siglo XX sobre un tema poco frecuente, mientras dominó lo escrito por hombres. Hoy, cuatro autoras con total solvencia levantan la voz sobre el asunto, celebra Federico Guzmán Rubio.

La palabra original

ESCRITURAS SOBRE

EMBARAZO Y MATERNIDAD

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

@feguz77

Al igual que la lengua, la literatura es una creación colectiva. Contra lo que se suele creer, una obra literaria empieza a significar no cuando su originalidad expresa algo novedoso, sino cuando se incorpora a una corriente a la que aporta un matiz, cierto estilo, otra mirada. De hecho, la originalidad más radical consiste en crear esa corriente, incluso *a posteriori*, como reveló Borges en "Kafka y sus precursores", en una operación que más bien consistió en mostrar que esa corriente existía, si bien nadie la había identificado.

El culto romántico a la originalidad y su concepción del arte como una expresión absolutamente personal y de una subjetividad contundente, supersticiones que seguimos adorando, parecerían desmentir la afirmación anterior. Sin embargo, un romántico perdido en el Rin o en el Distrito de los Lagos no basta para crear el romanticismo, que exigió un buen puñado de poetas tuberculosos, de la misma forma en que hicieron falta varios pequeños dioses algo estridentes para manifestar la vanguardia, por mencionar a dos movimientos que, como la enorme mayoría, prácticamente no contaron con ninguna mujer en sus filas.

Qué pobres serían la novela y la revolución de una sola novela de la revolución. En cambio, las particularidades de cada una de tales novelas se expanden y, en conjunto, la ternura salvaje de *Cartucho*, las canciones monótonas y tristes de *Los de abajo*, así como las conspiraciones estilísticas de *La sombra del caudillo* lo son más gracias al contraste que se establece entre estas obras. Es verdad que cada una de ellas significa más por efecto de acumulación, pero también por el de dispersión; juntas, todas crean una corriente de la que de inmediato se deslindan para convertirse en un caso excepcional. Una obra literaria, si lo es, paradójicamente toma distancia del género al que se adscribe, incluso cuando lo funda.

DIGO TODO ESTO por dos motivos básicos. El primero es porque existe una clara tendencia que consiste en la escritura de diarios o ensayos sobre embarazo y maternidad, como lo demuestran las cuatro obras mexicanas que se analizan en este texto: *Linea nigra*, de Jazmina Barrera (Almadía, 2020); *In vitro*, de Isabel Zapata (Almadía, 2021); *Fruto*, de Daniela Rea Gómez (Antílope, 2022), y *Germinal*, de Tania Tagle (Lumen, 2023). El segundo



Jazmina Barrera (1988).

motivo, que reviste más importancia, es porque las cuatro autoras conciben sus propias obras precisamente como un relato colectivo, tanto en lo que se refiere a la experiencia que narran cuanto al discurso en el que se insertan. Esto explica que una de las intenciones primordiales de las cuatro sea establecer un diálogo con la respectiva tradición que cada una de ellas elige.

DE HECHO, uno de los aspectos más visibles que comparten estos cuatro textos es la polifonía, la abundancia de citas virtuosamente elegidas, la búsqueda a veces desesperada de referentes, el reconocimiento en otras voces que las hayan antecedido. Así, por ejemplo, Daniela Rea incluye abundantes testimonios periodísticos en torno a la experiencia de



Daniela Rea Gómez (1982).

varias mujeres como hijas y como madres a lo largo de todo el país, con la suya como eje, al tiempo que se apoya en diversas teóricas feministas para interpretarlas; Jazmina Barrera e Isabel Zapata, incómodas con la ausencia del tema del embarazo en la literatura, emprenden una meticulosa investigación para dar con las pocas pistas existentes, y Tania Tagle relea la Biblia y los clásicos de la filosofía griega con la mirada de una madre.

Sorprende, o no tanto, lo novedoso de esta corriente dada la más que evidente trascendencia y universalidad del tema. Ello se explica, como a estas alturas ya no es un secreto para nadie, por el lugar marginal que las escritoras han ocupado en la historia de la literatura y porque muchas de las que gozaron de prestigio y popularidad tuvieron que renunciar a la maternidad, o bien, tuvieron que resignarse a tratar temas supuestamente propios de mujeres.

Como un acto reivindicativo contra este borrado, las cuatro escritoras se proponen, mediante una aportación personal, que parte de su propia experiencia y de convocar distintas voces alrededor de la maternidad, ir creando un conjunto de obras que rompan con ese silencio milenario, en el que las mujeres puedan al fin encontrar un lugar en la palabra. Las cuatro, cada una a su manera, son claras en sus intenciones:

Quiero decirlo todo y saberlo todo y escucharlo todo, romper con el pacto de silencio que mantiene en aislamiento los temas dolorosos relacionados con la maternidad. Levanto la voz para que la historia adquiera vida propia y encuentre su sitio junto a otras mujeres (Isabel Zapata).

Este libro está hecho de curiosidad y de miedo. A falta de una tribu con quien sentarme a sentir y a pensar durante todo este proceso que, me permito insistir en esto, no debería ser tan solitario, me puse a escribir. Corrijo, no a escribir; más bien, a hacer que la escritura y todas las voces que conjura, antiguas y actuales, me acompañen (Tania Tagle).

Sé de otras escritoras que también están escribiendo sobre embarazo y parto y lactancia. Más libros fragmentarios, que

citan al Libro de la almohada. Me encanta esta moda, y quiero que sea mucho más que una moda. Que seamos más. Muchas. Creo que nunca vamos a ser suficientes [...] Quiero que sobren los libros, que los haya buenos y malos. Quiero un canon, una tradición. Y también una ruptura, libros en contra del canon. Nuevos géneros literarios (Jazmina Barrera).

Para entender mi nueva circunstancia hice lo que sé hacer: periodismo. ¿Cómo interpreto al mundo? A través de las experiencias de otras personas, de escucharles y entender cómo su propia historia va encontrando un lugar y un sentido en el mundo que viven. Escuchar a otras, para escucharme a mí misma y encontrar lo común (Daniela Rea).

Conscientes de que están creando una tradición, surge pronto la preocupación por la forma que ésta adquirirá. Por supuesto, no es una corriente exclusiva de México, y por citar obras precursoras podrían mencionarse, limitándose a la literatura latinoamericana, la crónica *Nueve lunas*, de la peruana Gabriela Wiener, o *Matate, amor*, novela de la argentina Ariana Harwicz. Pero, por más que existan antecedentes, el asentamiento de esta tradición todavía es un proceso en marcha, lo que provoca que aún no haya modelos definitivos que reproducir, como sucede con géneros agotados.

LA INTERROGANTE sobre la forma no es una cuestión aislada, sino que va de la mano con la duda de qué se desea realmente escribir y qué clase de texto mutante puede responder a la metamorfosis del cuerpo. Si bien las cuatro autoras escogen el tipo de escritura que desean desarrollar, ésta también viene condicionada por otra clase de factores, estrechamente ligados al tema que abordan: todos los libros son fragmentarios porque, como mencionan varias de ellas, se tuvieron que escribir a ratos, incluso en el celular mientras se amamantaba, como es el caso de Barrera, y porque este formato se presta a la hospitalidad hacia otras voces:

Mi cuerpo, entre más se deformaba, más me causaba curiosidad, deseo y repulsión, todo al mismo tiempo [...] Empecé a escribir el primer ensayo de este libro bajo esa premisa y se fue convirtiendo en un diario de embarazo a la par de un cuaderno de notas sobre lo monstruoso (Tania Tagle).

Durante largo tiempo pensé que el gusto por los géneros mínimos, por los fragmentos, por lo minúsculo, por lo que ocurre *in vitro*, era un defecto que me hacía desviarme de los grandes temas. Una falla de carácter. Hasta que me di cuenta de que mi deseo habitaba precisamente esos espacios reducidos. Mi vida se reconfiguró a partir de un embrión que supo

multiplicarse, sin desbordarse, hasta formar los órganos de mi hija (Isabel Zapata).

Yo quería escribir un ensayo sobre el embarazo. Siempre quiero escribir ensayos, es decir experimentos, sin compromisos ni climax ni tramas ni extensiones. Leí algunas páginas de este archivo a unos amigos y uno de ellos me dijo “es un relato”. El embarazo es transformación en el tiempo, es cuenta regresiva, y en eso, quiera o no, hay trama, hay relato (Jazmina Barrera).

La necesidad de escribir sobre el cuidado, más que la maternidad, fue abriéndose espacio, como se abrieron espacio mis hijas entre mis piernas, entre lo que era y lo que soy. No todas somos madres, pero todas hemos sido hijas. Todas hemos cuidado y hemos sido cuidadas (Daniela Rea).

Además de ser una decisión estilística consciente, la forma viene determinada por la visión literaria de cada escritora. Es verdad que los cuatro libros son fragmentarios y que combinan recursos del ensayo, el diario o la crónica, pero en cada uno prevalece un rasgo que dialoga, esta vez, con la trayectoria de la respectiva autora.

EL OFICIO PERIODÍSTICO de Daniela Rea, que consta en libros como *La tropa*. *Por qué mata un soldado*, recorre *Fruto*. En el caso de Jazmina Barrera, la fluidez de *Cuaderno de faros* o de *Punto de cruz* hace que la narración de diversas anécdotas en torno de su embarazo resulte natural y penetrante. Tania Tagle, por su parte, practica una escritura lírica y reflexiva, de una belleza sintética próxima al aforismo y a la imagen, próxima a la que ensaya cotidianamente en su popular cuenta de Twitter. Por último, Isabel Zapata mantiene en *In vitro* la inteligencia analítica y cercana de los ensayos de *Alberca vacía*, así como la trabajada y original sencillez de su poesía.

Esta variedad de miradas permite que se resalten ciertos rasgos del embarazo y la maternidad, como la disolución de la identidad y del propio cuerpo al crear otros, desde diferentes ángulos y con diferentes estilos:

Hoy cumplés un mes, Emilia, y desperté con una sensación de que ya no sé quién soy. O no lo recuerdo. O no lo volveré a ser. Ya no soy de mí (Daniela Rea).

Tengo sueño todo el tiempo, me siento como anestesiada, como si estuviera aquí sin estarlo. Quizá

“LA INTERROGANTE SOBRE LA FORMA NO ES CUESTIÓN AISLADA, VA DE LA MANO CON LA DUDA DE QUÉ TEXTO MUTANTE PUEDE RESPONDER A LA METAMORFOSIS DEL CUERPO”.



Isabel Zapata (1984).

porque una porción de mí está construyendo a alguien más, o porque una porción de mí es, en este momento, alguien más. Es todo muy confuso, pero lo que quería escribir es esto: el embarazo es una historia de *Doppelgänger* (Jazmina Barrera).

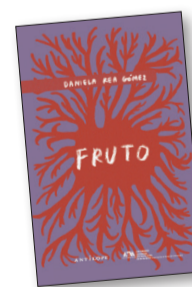
Me miro al espejo intentando hallarme detrás de la mamífera que está a punto de dividirse en dos. Ahí están mis manos, mi boca y mis clavículas, lo único de mí que prevaleció a la metamorfosis. Pero ya no las siento más, pertenecen a otro cuerpo que ha sido borrado (Tania Tagle).

¿No es la maternidad una manera de desaparecer, no nos obliga a hacernos a un lado?

Quiero tener un hijo para ser invisible (Isabel Zapata).

Incluso si las cuatro obras tratan sobre el embarazo y la maternidad, cada una los enfoca de manera tan distintiva que se confirma que dichas experiencias, como cualquier otra en plumas talentosas, lejos de resultar redundantes, son complementarias e inagotables. Tania Tagle, con generosa perspicacia, escribe tres ensayos sobre cuestiones relacionadas con el embarazo y la crianza de su hijo: la monstruosidad, la peligrosa ambigüedad del concepto de milagro y la capacidad de mantener y transmitir el asombro. Isabel Zapata ahonda en los significados y las sensaciones que se crean a lo largo de un embarazo por medio de reproducción asistida. Jazmina Barrera relee —es decir, reescribe— la literatura existente sobre el embarazo. Por último, Daniela Rea se enfoca en qué significa ser madre en un contexto de diferentes violencias como el que atraviesa México.

LEJOS DE LLEGAR a una respuesta concluyente —y a pesar de enfrentarse al tema mediante su propia experiencia y habiendo leído todo lo escrito al respecto (o precisamente por ello)—, las cuatro autoras terminan sus libros con más preguntas que respuestas. Pero se trata de preguntas más amplias y por lo tanto más sabias que las que tenían antes de ser madres y antes de escribir:



Fuente > hablemosescritoras.com

Estoy en obra negra, como si fuera yo la recién nacida. Me he vuelto un poco hija de mi hija (Isabel Zapata).

Insistí para que mi mamá se relacionara con su historia de una manera crítica, asumiendo cómo el patriarcado nos cruza y decide por nosotras. Donde ella sentía ternura, yo le hablaba de amor romántico; donde ella veía orgullo, yo le señalaba sometimiento; donde ella recordaba felicidad, yo le nombraba su ingenuidad. Donde yo presumí crítica, en realidad hubo un intento de quitarle su historia y decirle cómo debía vivirla (Daniela Rea).

Nunca se me había ocurrido pensar en el parto como el momento de una partida: cuando alguien parte de ti. El momento de una partida y el momento de una partición. El momento de partirse en dos (Jazmina Barrera).

Algo en que sí se parecen la maternidad y la filosofía es que ambas tratan de dudar. Para hacer filosofía hay que renunciar a todo lo que se sabe, igual que para criar. Siempre creí que tener un hijo suponía enseñarle todas las cosas del mundo, transmitirle el lenguaje y la cultura, imponer unos modales y una moral y poner a su disposición todo mi conocimiento. Pero tener un hijo se trata de renunciar a las certezas, morales, sociales y económicas—en mi caso, sobre todo estas últimas—. Cuestionar primero cada decisión que se toma para luego abrazar la ignorancia como una fe (Tania Tagle).

Son muchos los aspectos que las cuatro escritoras tratan y muchas las aristas en que cada una de ellas se sumerge. Uno de los que destacan, al tratarse al fin y al cabo de madres escritoras, es el lenguaje. A todas les asombran las formas que ellas y sus hijos crean para comunicarse, y el proceso mediante el cual las dos hijas de Daniela Rea, la de Isabel Zapata, el hijo de Jazmina Barrera y el de Tania Tagle empiezan a adquirir las palabras, el cual quizás sea el rasgo que nos define como especie:

Sus patadas y sus desplazamientos me parecen una especie de clave morse: nuestra primera comunicación, deliciosamente ambigua y unidireccional (Jazmina Barrera).

Tras nueve meses de colocar los ladrillos, es tiempo de aprender a nombrar los muros que nos separan. De inventar un vocabulario para amarnos (Isabel Zapata).

Aprendiste a saludar con tu manita. La abres y la cierras como si fuera una estrella marina. Hoy nos quedamos dormidas mientras te amamantaba (Daniela Rea).

Los niños no adquieren el lenguaje, lo recrean. La lengua es una



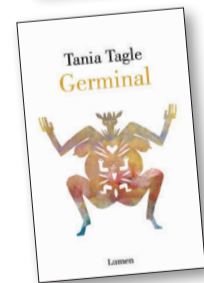
Tania Tagle (1986).

enorme hoguera alimentada por todos sus hablantes. Los niños juegan a su alrededor, aprenden de nosotros a respetar el fuego, a relacionarse con él y a mantenerlo vivo. Arrojan ramitas como balbuceos y ríen al verlas arder y consumirse. Poco a poco, también van aprendiendo a fabricar sus propias antorchas para explorar las sombras que la hoguera no alcanza a iluminar (Tania Tagle).

LOS CUATRO LIBROS exigirían continuar con este ejercicio en que se conjugan y contrastan sus miradas sobre temas presentes en el embarazo y la maternidad. Tendrían que añadirse, por poner un ejemplo, las culpas y los reproches que surgen permanentemente, el dolor y el cansancio, el extrañamiento que despierta el supuestamente más natural de los procesos, el cuerpo que en su transformación adquiere absoluto protagonismo, las mentiras e imposiciones naturalizadas en el discurso social del embarazo o la relación con la propia madre, a la que se mira de manera distinta cuando se convierte en abuela, esté viva o muerta.

También tendría que hablarse, claro, de los temas que tratan exclusivamente cada una de las cuatro obras, como la violencia de género que permea en *Fruto*, las dudas que estructuran *In vitro*, las representaciones de la maternidad en las artes plásticas que analiza *Linea nigra* o la ternura inquisitiva de *Germinal*. Sin embargo, y de nuevo cada uno a su manera, los cuatro libros proponen un cierre en el momento en que la madre y la hija o el hijo se reconocen:

Nunca había sentido a alguien tan cerca como siento a mi hija y sin embargo todo en ella es un misterio para mí. ¿Cómo puedo ser yo el país natal de esa persona desconocida: mi corriente sanguínea su sistema fluvial, los latidos de mi corazón las campanadas que



“NUNCA SE ME HABÍA OCURRIDO PENSAR EN EL PARTO COMO EL MOMENTO DE UNA PARTIDA: CUANDO ALGUIEN PARTE DE TI... EL MOMENTO DE PARTIRSE EN DOS (JAZMINA BARRERA)”.

marcan su horario oficial, mi estado de ánimo su pronóstico meteorológico, el sonido de mis intestinos su lengua primera? (Isabel Zapata).

Hoy cumples 3 meses. Te gusta mirar los árboles y que te miren a los ojos. Te gusta George Harrison, pasear en Chapultepec y columpiarnos. Yo disfruto abrazar tu cuerpo tibio, pasar mi nariz por tus cachetes y pensar que te está gustando la vida (Daniela Rea).

Sé que tenías tus propios signos para comunicarte conmigo aunque no pudieras nombrarlos: la leche derramada por las comisuras de tus labios que significaba que ya no querías seguir comiendo, tus puños apretados alrededor de mis dedos para que yo supiera que te ponía nervioso la bañera, el gorgoteo con el que me saludabas en las mañanas cuando amanecías de buen humor, los chillidos bajitos y guturales que me avisaban que estabas a punto de enfermarte. Todos perdidos bajo los signos nuevos y corrientes que te fui imponiendo, alimentándote con ellos cada día hasta que los creíste tuyos (Tania Tagle).

Es más difícil escribir sobre la felicidad. Sobre esa felicidad fácil, evidente, casi ridícula que siento ochenta veces al día, no hay mucho más que decir. Ejemplos: cuando Alejandro toca la guitarra y Silvestre pone atención, cuando reconoce a su abuela y ríe, cuando abro la puerta y grita de alegría porque sabe que vamos de paseo (Jazmina Barrera).

Para hacer honor a nuestro tiempo, que privilegia al lector sobre la lectura y al escritor sobre la escritura, no puedo evadir la cuestión de cómo yo leo estos libros. Por una parte, como padre, me siento identificado en varios de los cuestionamientos que plantean y, a la vez, como hombre (cediendo al cuestionado binarismo de género), muchas de las experiencias que se narran me resultan insalvablemente ajenas. Reconocimiento y perplejidad, cercanía y extrañamiento, comprensión y otredad son algunos de los binomios por los que, en mi opinión, debe oscilar la literatura, y estas cuatro obras me los otorgaron a mares.

A pesar de mi imposibilidad de gestar, estas obras me interpelan por el simple hecho de que, como hijo y padre, la maternidad es una cuestión que me cruza. Además, su lectura enriquece mi visión del mundo y me permite aproximarme a universos en principio inaccesibles para mí.

Por más que en principio no sea el destinatario natural de estas escrituras, encuentro en ellas una explicación de un aspecto de la vida que, conforme se lleva a cabo con toda transparencia, restituye y salvaguarda su misterio. Hacer eso con las palabras exactas, como hacen estas cuatro obras, es para mí una de las definiciones más auténticas de la literatura. ■

Fue un animador exhaustivo de investigaciones que enriquecieron el conocimiento de la historia, la proyectaron hacia nuevos territorios, vasos comunicantes que abrieron horizontes para descubrir, precisamente, la novedad de nuestro pasado y la aventura de adentrarse en él. Maestro por antonomasia, funcionario y sobre todo autor prolífico, Enrique Florescano (1937-2023) murió el pasado lunes 6 de marzo; deja un recuerdo entrañable que habrá de persistir en sus amigos y discípulos, en sus lectores.

ENRIQUE FLORESCANO: LA AVENTURA DEL PASADO

ANTONIO SABORIT

@Antonio_Saborit

Entre los numerosos espacios, planos, corredores y escalinatas en el interior de su casa en el pueblo frío de Cuajimalpa, a un costado de la carretera vieja a México-Toluca, queda la impresión de que todos sus paños son muros —como lo plantea M. C. Escher en su *Relatividad*— y lo cierto es que todos ellos estuvieron cubiertos de libros. Todos los temas tenían (o despertaban) su interés, aunque en especial llamaban su atención las indagaciones de sus maestros —como Gonzalo Aguirre Beltrán, Edmundo O’Gorman, Silvio Zavala—, de sus amigos —como José Joaquín Blanco, David Brading, Luis González y González, Friedrich Katz, Lorenzo Meyer, Carlos Monsiváis— y de sus contemporáneos —como Alfredo López Austin, Guillermo Bonfil, Ciro Cardoso, Marcelo Carmagnani, Jean Meyer, Arturo Warman—, con quienes se sentía atado por la afinidad del empeño en construir saberes, antes que por las simpatías y diferencias procedentes de la política o bien del oficio del historiador. En esta biblioteca había un orden en perpetua construcción, el cual en cierto modo acusan hoy las solitarias cédulas de metal que identifican los temas de cada entrepaño animado, desde luego, por la lectura y el estudio ininterrumpidos.

A PARTIR DE LOS NOVECIENTOS SESENTA, la biblioteca de Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano se transformó en un selecto depósito de mucho de lo que sus maestros en El Colegio de México y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales en París les ayudaron a apreciar de la historia social y sus promesas. En ella quedó el rastro de su interés por los combates en favor de la historia, así como de los modelos a partir de los cuales Florescano ensayó una manera propia de entender la historia económica, de la agricultura, la geografía histórica e incluso las llamadas mentalidades.

Atento a las novedades teóricas y prácticas en el ejercicio de la historia, como lo hacía de estudiante en Xalapa, tomó para sí lo que consideró pertinente para su propio desempeño y además promovió su empleo y su crítica. Por Valéry supo que perder la razón está en las posibilidades de la historia, contra lo que opuso mesura y frialdad. Su espíritu crítico, al final de los novecientos setenta, lo animó a plantear y realizar, en compañía de una amplia mesa de colegas provenientes de las ciencias sociales y las humanidades, la revista *Nexos*.

Los numerosos libros apenas dicen una parte de su trayectoria profesional, siendo que

“ATENTO A LAS NOVEDADES TEÓRICAS EN EL EJERCICIO DE LA HISTORIA, TOMÓ PARA SÍ Y ADEMÁS PROMOVió SU EMPLEO Y CRÍTICA”.

se cuentan por docenas todos aquellos en los que dejó algo propio, como asesor—de la serie *SepSetentas* de la Secretaría de Educación Pública— o director —como en una de las últimas series que él mismo organizó e impulsó desde el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Biblioteca Mexicana.

En sus libros quedan las pesquisas en torno a la historia económica —como *Precios del maíz y crisis agrícolas de México (1708-1810). Ensayo sobre el movimiento de los precios y sus consecuencias económicas y sociales* (1969) o *Estructuras y problemas agrarios de México (1500-1821)* (1971)— y alrededor de las historias de la historiografía mexicana —desde su *Ensayo sobre la historiografía colonial de México* (1979) hasta *Memoria mexicana* (1994) y *Memoria indígena* (1999) e *Historia de las historias de la nación mexicana* (2002)—, derivada de su estudio sobre la historia del poder —del cual asimismo se desprenden las páginas de *Los orígenes del poder en Mesoamérica* (2009) y *Dioses y héroes del México antiguo* (2020). El deseo de superar la “inextricable atadura, mitológica y legendaria” de Quetzalcóatl y conocer su “historia real”, lo llevó a ensayar un estudio inicial en la revista *Cuadernos Americanos* (primavera de 1964), y volvió sobre el

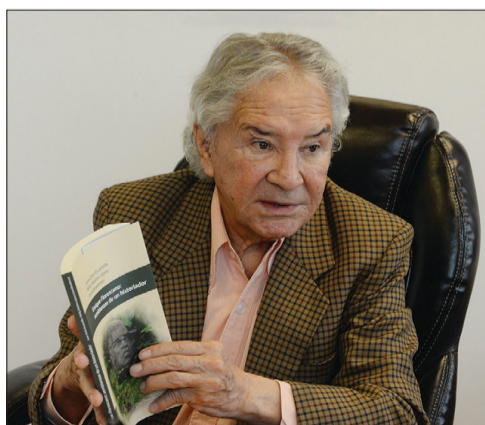
tema en *El mito de Quetzalcóatl* (1993) y en *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica* (2004).

Apenas suele llamarse la atención sobre la manera en la que supo combinar el trabajo de temas relegados por la historiografía —como cuando se propuso documentar la sequía en México (1980)—, con la reflexión pública sobre el desempeño propio en títulos como *El nuevo pasado mexicano* (1991) y sobre todo en *La función social de la historia* (2012). Y sin embargo aquí está algo de lo mejor de su oficio.

EL LIBRO COMO DISPOSITIVO y herramienta lo vivió en carne propia, en su natal San Juan de Coscomatepec, Veracruz, ante los primeros cien Breviarios que publicó el Fondo de Cultura Económica, aportación esencial de su padre normalista. Y lo mismo que sucedió con el libro sucedió con la revista, me atrevo a sugerir, en su formación profesional. Me refiero en particular a la lectura de los primeros lustrós de *Cuadernos Americanos*, pues encuentro que las cuatro grandes pasiones intelectuales de Florescano fueron las mismas que atendieron los fundadores de esta revista excepcional, a saber: su propio tiempo, la aventura del pensamiento, la presencia del pasado y la dimensión imaginaria.

Así como formó su extraordinaria biblioteca —impensable sin lo que aportaron las propias pasiones e intereses históricos y académicos de Alejandra Moreno Toscano, como la historia urbana—, también a lo largo de su vida formó y alentó a un gran número de profesionales del pasado que se dedicaron a historiar los movimientos campesinos y obreros, la minería, la historia de las ideas, la historia social del arte, la historia cultural, la historia de la historia y la edición crítica de textos. Esto en el aula, así como en el tiempo en que encabezó las tareas de los seminarios que organizó en la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Nunca dejó de imaginar, estructurar y realizar proyectos de investigación, series bibliográficas, publicaciones periódicas, en los que todas las veces combinó su tiempo con el de las generaciones posteriores a la suya.

Una de sus mayores felicidades radicó en concitar libros, como editor y como autor, que una vez impresos no sólo eran capaces de poner en duda los fundamentos de las diferencias que se creían de fondo, sino que además revelaban la portentosa vitalidad de las afinidades. O al revés —su escepticismo se nutría en las páginas de Montaigne. ■



Enrique Florescano (1937-2023).

Foto: Cuartoscuro

En una cuadra sospechosamente a oscuras (sumado al hecho de que hace poco pintaron en la cortina del local consignas neonazis), Belafonte Sensacional se presenta por última vez en el Multiforo Cultural Alicia. Durante casi tres décadas, este sitio de Avenida Cuauhtémoc 91-A ofreció una pluralidad de experiencias "vibrantes" y esta noche, una vez reinstalada la energía y con un buen slam, Belafonte se luce, pero no borra la nostalgia anticipada que dejará la ausencia del Alicia en un montón de corazones chilangos.

BELAFONTE EN EL ALICIA: LA ÚLTIMA TOCADA

AARÓN ENRÍQUEZ

@aaron_care

Hoy, la noche de la Ciudad de México resiste tintineante. Los ecos de la pandemia han acabado con varios de los espacios donde se construyó una cultura que se traga constantemente a sí misma y nos regresa lo que somos de diversas formas: a veces hostil, a veces necia; por momentos floreciente, y cuando más suerte tenemos, nos lo entrega también bailando.

Son cada vez menos los lugares que sobreviven, en los que uno puede renacer a media madrugada con un zumbido en los oídos, sabor a cerveza en la garganta y una sonrisa dibujada en la cara tras dejarlo todo en un *slam*. Aquellos que lo hacen ya son otros, pues la ciudad cambia constantemente y deja de ser ella misma noche tras noche. Los chilangos estamos habituados a vivir en la garganta de un monstruo que muta de piel y no nos deja más opción que hacerle frente con los mismos huevos: gritando y con ganas de prenderle fuego a todo.

Al dar vuelta por la calle de Colima, rumbo al Multiforo Cultural Alicia, escucho la voz de Israel Ramírez, acompañado de su pandilla. Estamos en la colonia Roma. El cartel en la marquesina anuncia el último, último, ahora sí último, *destroy* del Belafonte Sensacional junto a Trillones y Joyce Musicolor, en uno de los recintos que más luz ha arrojado sobre la cultura musical, no sólo de la Ciudad de México sino de todo el país, en los últimos casi 27 años.

Lo que registro vagamente, a lo lejos, es que no hay luz en el recinto. Mientras termino el último bocado de una hamburguesa recién comprada en el puesto de la esquina, los miro caminar de reojo en sentido contrario al mío, bajo una luz amarilla que enmarca muy bien el cuadro: una pandilla de cabrones eléctricos, extravagantes y vergueros. Decido no importunarlos, aunque me siembran la duda de lo que estaría pasando en el Alicia.

El anuncio del cierre del local ubicado en Avenida Cuauhtémoc 91-A fue hace ya más de un año. Eso nos ha dado chance de dosificar la nostalgia y al mismo tiempo ha creado un efecto de Pedro y el Lobo por todas las veces que se ha advertido el suceso por parte de Ignacio Pineda (Nacho Alicia pa' los cuates y la persona al frente del proyecto desde su origen). La realidad es que ya nadie le cree que cierre, aunque ésta vez parece que va en serio.

Noto que el local contiguo tampoco tiene luz. Camino para ver si sucede lo mismo en el Alicia y efectivamente, de toda la cuadra,



Belafonte Sensacional en el Foro Alicia, 2019.

“ESTO ES UNA OFRENDA
AL CHILANGUISMO
DISFRAZADA DE FIESTA
DE DESPEDIDA.
NOS DESBORDA LA EUFORIA”.

en ese par de lugares es exactamente donde falta la electricidad. Volteo a los edificios para corroborar y noto que los departamentos de arriba no tienen ese problema.

EN EL BAR DE AL LADO, la oscuridad no impide que me haga de una mesa improvisada en la banqueta y me pida una caguama. La información corre de primera mano. A los asistentes se nos pide aguantar. Nacho da varias vueltas con la intención aparente de conseguir rentada una planta de luz. Alguien habla a la CFE para que vayan a revisar el servicio. El hecho de que el corte sea exclusivamente ahí es de por sí sospechoso, pero además nos enteramos de que vulneraron la cortina del local y otros detalles del inmueble con pintas neonazis, lo que acentúa la sospecha de un intento de boicot. ¿Quién chingados querría boicotear un saludable concierto de Belafonte?

Para Nacho, los posibles responsables de las pintas son un grupo de ultraderecha que también hace conciertos en la Ciudad de México. Un motivo más para confirmar que la hostilidad y el oscurantismo son dos raíces imposibles de erradicar en esta ciudad, sobre todo en tiempos de encontronazos ideológicos.

SI ALGO HA HECHO BIEN Belafonte Sensacional es crear una identidad con el chilanguismo

más *outsider* y *misfit* de la ciudad. Un culto alrededor del NEL, esa palabra que está hecha exclusivamente para negar, es utilizada por ellos y sus feligreses para reinventar lo que son. Con ella reniegan de todo lo que les quieran imponer. ¡Ni madres!, acá nadie les dice qué hacer. Quien muerde de la galleta del NEL tiene muy claro lo que es pertenecer a esa pandilla, pues también ha recorrido las sucias calles del eterno DF en la madrugada y ha tirado la piedra con las mismas ganas de romper el cristal del otro lado. De serlo todo, apostando desde la derrota.

Cuando llega la CFE se le recibe con aplausos. Dan más de dos vueltas y pasan por la banqueta frente a los asistentes. Aún hay mucha incertidumbre. Tras un primer acercamiento con la luz, que llega y se va repentinamente, nos sentimos contra las cuerdas. Pero seguimos ahí, con los pies firmes. Tras otro par de intentos por fin regresa la energía y esta vez se mantiene. Todos afuera festejamos el gol como argentinos en Catar. ¡A huevo, tenemos toquín!

Al entrar, el show va de menos a más, el baile sube de tono con Trillones, proyecto de Polo Vega. Electrónica mexicana de calidad. Todo es risas entre camaradas, pero la emoción se eleva cuando entra Belafonte. Las letras de Israel Ramírez se meten en los oídos como hormigas caminando en círculos. Podemos sentir cómo la noche se nos escurre por los pies.

Con los primeros acordes de "Ponte al tiro" siento un codazo en el riñón. Ahora sí tenemos *slam*. Son el tipo de canciones que se cantan a coro, para sentir la hermandad. A lo lejos observo cómo alguien rocía su cerveza tibia sobre el resto de asistentes, como si fuera champán.

Esto es una ofrenda al chilanguismo disfrazada de fiesta de despedida. Nos desborda la euforia. Cada movimiento de baile son nuestras ganas de meterle un chispazo a la antorcha y encenderlo todo. Llegan las cumbias ñeras y chiclosas con Joyce Musicolor. Para cuando termina de arder el fuego, el remanso es acuoso, hipnotizante. Ha sido una noche histórica.

Se dice que vivimos el último jalón de conciertos en el Alicia. La amenaza es seria. Se va uno de los recintos más vibrantes que ha tenido la inmensa Ciudad de México. La historia podrá contarse diferente con los años, pero la noche mexicana se sostendrá ardiendo, por ahora tintineante, con la mecha que cargamos junto al fracaso colectivo.

Con el baile y el *destroy*. 📺

LOS LOCOS ADAMS SON INCESANTES. Al Tío Lucas ahora le ha dado por reencarnar en Billy Corgan —líder de Smashing Pumpkins y promotor de lucha libre—, que el sábado pasado presentó su show luchístico, ñoñero y de humorismo involuntario en el Foro Sol.

Seguro sacó la inspiración de Disneylandia. Hace unas semanas subió a su perfil de Instagram unas fotos dándole un rol por la tierra del Ratón Miguelito, y para emular al aprendiz de brujo creó su versión del Vive Latino con emos, darks, punks y enmascarados.

The World is a Vampire o, como lo rebautizó la pandilla, el Vive Pelochas, abrió sus puertas a las dos de la tarde. Desde la una se veía por Churubusco una procesión de chamaques que se adelantaron en la celebración de Halloween. Un verdadero rocker, sea dark, metalero o whatever, siempre anda de negro sin importar horario ni fecha en el calendario. Ni grados de temperatura.

Los combates se repartieron en tres cuadriláteros. El Stage A, el Stage B y el ring. No es que uno sea temprano, pero a las cinco de la tarde ya estábamos en la refriega, chela en mano. Deafheaven lo ameritaba. No cabe duda que el tío Billy ya es más mexa que las filas para pagar en Telcel, si no cómo se explica que la cerveza que dominara el evento fuera la Tecate. Después de Stallone y Bruce Willis, ¿acaso será William Patrick el siguiente en promocionarla?

PINCHES NOVENTAS, no se van a morir nunca. Mientras el sol le ponía demasiada luz a ese festival oscuro, la sensación imperante era de una regresión en el diván del psicólogo. De un viaje atrás en el tiempo. Incluso para aquellos veinteañeros que habían nacido del 89 para acá. Los años noventa ahora son una marca. Junto a mí pasó un morro con un libro de Chuck Klosterman en la mano. Era la clase de espécimen que paga más de cien dólares por una playera roída del *Ride The Lightning*, de Metallica.

Y para reforzar este filin, nada tan contundente como el sonido de las Margaritas Podridas, que a las 6:50 se lanzaron desde la tercera cuerda para aplastar al público. Del bajo y las liras resultaron patadas voladoras, pierrotazos y cachetadas marraneras. Todo el tiempo nos tuvieron contra las cuerdas y madres, que empezó el azotadero del bajo de Carolina Enríquez. Y luego uno de los guitarreros comenzó a volar por los aires. No se sabe si emulando a Kurt Cobain, que le encantaba lanzarse contra



“THE WORLD IS A VAMPIRE

O EL VIVE PELOCHAS

ABRIÓ SUS PUERTAS A LAS
DOS DE LA TARDE”.

la batería, o a Mascarita Sagrada, ese gran, enorme mini que murió a manos de las Goteras.

YA ANTES, EN EL RING, se había dado el encontronazo entre carniceros de la Triple A y luchadores gabachos, pero no fue tan emocionante como ver a las Margaritas darse en la madre a sí mismos y a sus instrumentos.

Una de las principales atracciones de la noche, si no es que la más suculenta, era Interpol. Que a las 8:50 subió al escenario principal. El setlist: diez de diez. La ejecución: once de diez. El juego de luces: diez de diez. ¿El sonido? Fallaba como los franceses fallaron ante el Tibu. Turnstile corrió con mejor suerte. Pero como la entrega de Interpol fue tan intensa, levantaron el evento a pesar de las deficiencias. Hasta la gente les inventó una porra: “Paul, Paul, Interpol”, gritaba la bandita.

Lo que sí olió sospechosista es que cuando subieron los Smashing Pumpkins, a las once de la noche, el sonido mejoró. Ah, no má, Tío Lucas. No es de extrañar que con lo inseguro que es, William Patrick hubiera saboteado para que no lo opacaran. La expectativa era muy grande, el setlist que habían tocado los Smashing hace unos meses en el Metropolitanga había dejado la vara demasiado alta. Pero como Billy Adams es bien caprichoso, salió a aventar un setlist diferente. Uno de chile, mole y pozole. Tuvo sus grandes momentos, pa qué negarlo. El cover de los Talking Heads. Los enormes, guitarreros y feedbackeros diez minutos de “Silver Fuck”, de esas rolas que no cantaron los milenials ni la generación de cristal. Y el final fue una de esas cosas que valen la pena el regreso en pesero o caminar dos kilómetros para tomar un uber: las Calabazas invitando a subir al escenario a Pedro Garfio para que coverearan “No Love Lost”, de los mismísimos Joy Division. Hasta se nos olvidó el berrinche del Tío Adams de que ya no quiere tocar canciones del *Mellon Collie*.

Pues sí, el mundo es un vampiro que toma Tecate y se toma fotos con Blue Demon Jr.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@Charfornication

VIVE PELOCHAS

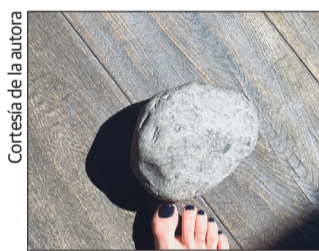
OJOS DE PERRA AZUL

Por
KARLA ZÁRATE

@espia_rosa

HE TROPEZADO MIL VECES con la misma piedra. Me pasa por no andar con cuidado, no me fijo bien en las alertas ni señales, no pongo atención a los avisos de peligro. He chocado con rocas halladas en los senderos azarosos de la vida, rutas accidentadas sin escape. Escollos diferentes en tamaño, forma y textura, cada colisión ha sido similar, igual de repentina, dolorosa. Absurda. Una y otra vez vuelvo a caer, me despeno, replico las situaciones y reproduzco las escenas. Termino sangrando, la esperanza fracturada, pulverizados los sueños. Aparecen moretones, cortadas en el cuerpo y el alma lastimada. Las heridas sanan, se restaura el ánimo, olvido el trauma y vuelvo a ilusionarme, me desplomo en el inevitable precipicio de la compulsión a la repetición.

UN HOMBRE ME HIZO PERDER la razón desde el primer momento en que lo conocí, me petrificaron sus ojos color gris granito. Lo dejé todo por él, pero se fue. Regresé a casa con las maletas vacías y las esperanzas rotas. Luego me encontré con alguien que en la primera cita dijo que me amaba. Le creí y al poco tiempo el sentimiento se extinguió, terminamos. Fui sólo parte de una colección de conquistas pasajeras. Me levanté como pude, curé las llagas, juré que no me volvería a pasar. Acepté que mi destino era transitar sola por el mundo. Apareció uno que era como el mármol, blanco, elegante, sin embargo, duro y frío. El idilio se fue resquebrajando lentamente y en pedazos se rompió. Comencé a salir con otro que me



Cortesía de la autora

“RECAÍA EN ESTE TIPO
DE FRACASOS, TANTAS
RELACIONES FALLIDAS
QUE NO PODRÍA CONTARLAS”.

regalaba flores y diamantes cada mes, desde el inicio yo sabía que lo nuestro iba a desmoronarse, desapareció en la nada, eran falsas las joyas.

Recaía en este tipo de fracasos, tantas relaciones fallidas que no podría contarlas ni contarles todas. Juré no volver a ir por lugares escabrosos, detenerme y marchar despacio por los laberintos del amor y el deseo. Intenté prevenir los posibles tropezones.

Decidí ser la piedra, el obstáculo con el que repetirás tu historia, yo por siempre tu caída sucesiva. Me encontraste en tu camino, pensando que era fácil, asequible, sin problemas. Fui yo con quien diste un tropezón. Permaneceré firme, perseverante en mi nueva condición de ser impenetrable, insensible. Te haré girar en torno mío sin medir las consecuencias ni los golpes, chocarás conmigo en lo inevitable, en el eterno retorno del desastre que fuimos, somos y seremos.

.....
* Qué vidas da la vuelta.

YO, LA PIEDRA

REDES NEURALES

Por
**JESÚS
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**
@JRBneuropsi

LA CONCIENCIA
RENOVADA

Hace unos días, mientras preparaba una clase sobre la historia de las neurociencias, me detuve a considerar un hecho peculiar de esa disciplina. El descubrimiento de las células nerviosas se debió al avance conceptual y tecnológico logrado mediante el trabajo de muchas personas a lo largo de muchas décadas, pero el nombre del científico español Santiago Ramón y Cajal sobresale en este relato. Gracias a sus observaciones, la humanidad obtuvo por primera vez un conocimiento objetivo sobre la naturaleza de las células nerviosas, lo cual permitió el desarrollo de la teoría neuronal.

Ramón y Cajal obtuvo el Premio Nobel al empezar el siglo XX, a consecuencia de este descubrimiento. Pero quiero referirme al hecho de que comunicó sus observaciones a través del dibujo. Tenía el equipo para observar el tejido neuronal en la escala microscópica, para discernir la forma de las neuronas y sus relaciones estructurales, pero no disponía de un equipo fotográfico para generar representaciones de esas formas y estructuras. Por fortuna, el científico había cultivado las actividades artísticas y culturales desde edades tempranas y mediante el dibujo fue capaz de generar imágenes (artísticas y científicas) para ilustrar la forma y disposición espacial de las neuronas. Esto señala una convergencia inesperada entre las ciencias y las artes, que favoreció el desarrollo y la aceptación social de la teoría neuronal.

Uno de los miembros destacados del Instituto Cajal —fundado por el propio ganador del Premio Nobel— fue el doctor Dionisio Nieto, neuropsiquiatra y neuropatólogo, quien tuvo que huir de España al final de la Guerra Civil, a raíz de la persecución franquista. En México dirigió el pabellón piloto en el Manicomio General de La Castañeda, donde realizó investigaciones notables que fueron publicadas en las mejores revistas científicas internacionales.

Si uno revisa los alcances de su ambiciosa obra, es posible observar que el doctor Nieto desarrolló un método inmunológico para diagnosticar la cisticercosis cerebral, que era un problema frecuente en los hospitales psiquiátricos y en los asilos. Estudió el efecto de los metales en el sistema nervioso, las consecuencias psiquiátricas de la epilepsia, las bases neurobiológicas de la esquizofrenia, el cerebro de los delfines; fue pionero en el uso de litio y LSD en México. También fungió como el primer jefe de la división de neuropsiquiatría en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía de México, en 1964; seis décadas después, los investigadores y clínicos que trabajamos allí seguimos sus pasos. Uno de sus alumnos más brillantes —el doctor José Luis Díaz— cumple ahora 80 años y me gustaría dedicar unas líneas a su obra.

EN LA COMUNIDAD DE NEURÓLOGOS, psiquiatras, neuropsicólogos y académicos de las neurociencias cognitivas nos gusta pensar que en México tenemos —para decirlo en el idioma de la cultura pop— nuestro propio Obi Wan Kenobi: me refiero al doctor José Luis Díaz. Es un investigador destacado en el campo de la psicobiología, la farmacología, la etología, la neuroestética, pero también un escritor que cultiva con la misma dedicación el amor por las artes, las humanidades y las ciencias. Su obra más conocida es *La conciencia viviente* (FCE, 2008), un tratado monumental que sintetiza los problemas filosóficos y científicos más relevantes en el estudio de la conciencia (la atención plena, el dolor, la conciencia afectiva, los fundamentos neurocientíficos de la experiencia consciente, la conciencia y la música, los métodos narrativos, fenomenológicos, hermenéuticos y otras muchas figuras teóricas).

La conciencia viviente anticipó en muchos sentidos el auge contemporáneo del tema en el campo de las neurociencias, y hoy me parece tan acertado y actual como el día de ayer. El doctor Díaz hizo una secuela, *Las moradas de la mente* (FCE, 2021), que lleva el subtítulo *Conciencia,*



Ilustración > Geralt / pixabay.com

cerebro, cultura, porque analiza las convergencias entre esos tres campos de la investigación académica, que aparecen separados en obras más convencionales y menos atentas a la transdisciplina. *La naturaleza de la lengua* (Herder, 2015) aborda la relación entre el lenguaje y el cerebro, y es tan útil para los neurocientíficos como para los lingüistas. *Frente al cosmos* (Herder, 2016) es un conjunto memorable de *Esbozos de cosmología cognitiva* —como lo especifica el subtítulo—, que explora la relación entre la neurociencia cognitiva y la contemplación del cielo nocturno. *Registro de sueños* (Herder, 2017) es un ensayo que elabora eso que el autor llama *Atisbos a la conciencia onírica desde las ciencias, las artes y la filosofía*; presenta las rutas de la investigación fisiológica del sueño, pero también el estudio fenomenológico de la experiencia onírica y su posible explicación en el marco de la psicología y la neurociencia evolutiva.

EL DOCTOR JOSÉ LUIS DÍAZ ha escrito una obra extensa y rigurosa. No puedo detenerme ahora a analizar cada una de sus partes, pero quiero recomendar a los lectores dos libros recientes. *El enredo mente-cuerpo* (Herder, 2021) es un título erudito que narra el cambio histórico de las ideas en torno a la relación entre nuestro cuerpo y eso que ha sido llamado psique, alma, mente o espíritu, en diferentes épocas, lenguas, tradiciones culturales. El autor estudia las ideas mágicas y religiosas de Oriente y Occidente, luego ofrece una galería de los conceptos filosóficos y científicos de la antigüedad, la Edad Media, el Renacimiento, la modernidad y el mundo contemporáneo. Es una obra de gran valor, a mi juicio, para quienes se dedican a la psicología y las ciencias cognitivas, a la medicina y las neurociencias, a la filosofía, y a todos aquellos que tienen una curiosidad auténtica hacia el problema cuerpo-mente. Por último, me refiero a *Neurofilosofía del yo: Autoconciencia e identidad personal* (UNAM-Bonilla Artigas Editores, 2022), que hace un recorrido atractivo por las neurociencias y las ciencias cognitivas para plantear diez facetas de la autoconciencia que pueden analizarse por separado, pero que se integran de manera armónica en la interacción ecológica de los agentes humanos, mediante ensayos acerca de la sensibilidad, la corporalidad, los conocimientos situados, el sentido de agencia, la introspección, la autorreferencia, la evocación, la otredad, la identidad y la moralidad —cada uno con preguntas fascinantes y lecciones memorables.

En sus instrucciones para afrontar con serenidad los asuntos terrenales, Cicerón afirmó —hace dos mil años— que atender al cielo nocturno nos da un atisbo de la mente divina, lo cual nos brinda tranquilidad para atender las cosas humanas. A su manera, la literatura nos da un regalo similar: al observar (mediante la lectura) el proceso intelectual y creativo de un autor que investiga la naturaleza de la lengua, del cerebro y de los sueños, quedamos maravillados por las posibilidades de la experiencia reflexiva y podemos volver a nuestra propia vida con la conciencia renovada. ■

“EL ENREDO MENTE-CUERPO NARRA EL CAMBIO DE LA RELACIÓN ENTRE CUERPO Y ESO QUE HA SIDO LLAMADO PSIQUE, ALMA, MENTE O ESPÍRITU”.